



SANGRE ROMAÑOLA

(Cuento mensual)

Aquella tarde la casa de Federico estaba más tranquila que de costumbre. El padre, que tenía una pequeña tienda de mercería, había ido a Forli, a compras; su madre le acompañaba con Luisita, una niña a quien llevaba para que el médico la viera y le operase un ojo malo. Poco faltaba ya para la media noche. La mujer que venía a prestar servicio durante el día, se había ido al oscurecer. En la casa no quedaba más que la abuela, con las piernas paralizadas, y Federico, muchacho de trece años. Era una casita sola con piso bajo, colocada en la carretera y como a un tiro de bala de un pueblo inmediato a Forli, ciudad de la Romaña, y no tenía a su lado más que otra casa deshabitada, arruinada hacía dos meses por el incendio, sobre la cual se veía aún la muestra de una hospedería. Detrás de la casita había un huertecillo rodeado de seto vivo, al cual daba una puertecilla rústica; la puerta de la tienda, que era también puerta de la casa, se abría sobre la carretera. Alrededor se extendería la campiña solitaria, vastos campos cultivados y plantados de moreras.

Llovía y hacía viento. Federico y la abuela, todavía levantados, estaban en el cuarto donde comían, entre el cual y el huerto

había una habitación llena de muebles viejos. Federico había vuelto a su casa a las once, después de parar fuera muchas horas; la abuela le había esperado con los ojos abiertos, llena de ansiedad, clavada en un ancho sillón de brazos, en el cual solía pasar todo el día y frecuentemente la noche, porque la fatiga no la dejaba respirar estando acostada.

El viento azotaba la lluvia contra los cristales; la noche era oscurísima. Federico había vuelto cansado, lleno de fango, con la chaqueta hecha jirones y con un cardenal en la frente, de una pedrada; venía de estar apedreándose con sus compañeros; llegaron a las manos como de costumbre, y por añadidura jugó y perdió sus cuartos, extraviándose además la gorra en un foso.

Aun cuando la cocina no estaba iluminada más que por un pequeño velón de aceite, colocado en la esquina de una mesa que estaba al lado del sillón, sin embargo, la pobre abuela había visto enseguida en qué estado miserable se encontraba su nieto y en parte le hizo confesar sus diabluras a Federico.

Ella quería con toda su alma al muchacho. Cuando supo todo, se echó a llorar: “¡Ah, no! —dijo luego al cabo de un largo silencio—; tú no tienes corazón para tu pobre abuela. No tienes corazón cuando de tal modo te aprovechas de la ausencia de tu padre y de tu madre para darme estos disgustos. ¡Todo el día me has dejado sola! No has tenido ni siquiera compasión. ¡Mira Federico! Tú vas por muy pésimo camino, el cual te conducirá a un fin triste. He visto otros que comenzaron como tú y concluyeron muy mal. Se empieza por marcharse de casa para armar camorra con los chicos y jugar los cuartos; luego, poco a poco, de las pedradas se pasa a los navajazos, del juego a los vicios, y de los vicios... al hurto”.

Federico estaba oyendo, derecho, a tres pasos de distancia, apoyado en una arca, con la barba caída sobre el pecho, con el entrecejo arrugado y todavía caldeado por la ira de la riña. Un mechón de pelo castaño caía sobre su frente, y sus ojos azules estaban inmóviles. “Del juego al robo —repitió la abuela, que seguía llorando—. Piensa en ello, Federico; piensa en aquella ignominia de aquí, de pueblo, en aquel Víctor Monzón, que está ahora en la ciudad siendo un vagabundo; que a los veinticuatro años ha estado dos veces en la cárcel y ha hecho morir de sentimiento a aquella pobre mujer, su madre, a la cual yo conocía, y ha obligado a huir a su padre desesperado a Suiza. Piensa en este triste sujeto, al cual su padre se avergüenza de devolver el saludo, que anda en enredos con malvados peores que él, hasta el día que vaya a parar a un

presidio. Pues bien: yo lo he conocido siendo muchacho, y comenzó como tú. Piensa que llegarás a reducir a tu padre y a tu madre al extremo que él ha reducido a los suyos”.

Federico callaba. En realidad sentía contristado el corazón, pues sus travesuras se derivaban más bien de superabundancia de vida y de audacia que de mala índole; su padre le tenía mal acostumbrado precisamente por esto; porque considerándole capaz, en el fondo, de los más hermosos sentimientos, y esperando ponerle a prueba de acciones varoniles y generosas, le dejaba rienda suelta en la confianza de que por sí mismo se haría juicioso. Era, en fin bueno antes que malo, pero obstinado y muy difícil, aún cuando estuviese con el corazón oprimido por el arrepentimiento, para dejar de escapar de su boca aquellas palabras que nos obligaban al perdón: “¡Sí, he hecho mal; no lo haré más, te lo prometo; perdóname!” Tenía el alma llena de ternura, pero el orgullo no le consentía que rebose: “¡Ah, Federico! —continuó la abuela viéndole tan mudo—. ¿No tienes ni una prueba de arrepentimiento? ¿No ves a qué estado me encuentro reducida, que me podrían enterrar? No debieras tener corazón para hacerme sufrir, para hacer llorar a la madre de tu madre, tan vieja, con los días contados, a tu pobre abuela, que siempre te ha querido tanto, que noches y noches enteras te mecía en la cuna cuando eras niño de pocos meses y que no comía por entretenerte; ¡tú no sabes! Lo decía siempre: ¡Este será mi último consuelo!” ¡Y ahora me haces morir! Daría de buena voluntad la poca vida que me resta por ver que te habías vuelto bueno, obediente como en aquellos días... cuando te llevaba al santuario. ¿Te acuerdas, Federico, que me llenaba los bolsillos de piedrecillas y hierbas, y yo tu pobre abuela; ahora, que estoy paralizada y necesito de tu cariño como del aire para respirar, porque no tengo otro en el mundo, una pobre mujer medio muerta... Dios mío...”

Federico iba a lanzarse hacia su abuela, vencido por la emoción, cuando le pareció oír ligero rumor, cierto rechinar en el cuartito inmediato, aquel que daba sobre el huerto. Pero no comprendió si eran las maderas sacudidas por el viento u otra cosa. Puso el oído alerta. La lluvia, azotaba los cristales. El ruido se repitió. La abuela lo oyó también. “¿Qué es?”, preguntaba turbada después de un momento. “La lluvia”, murmuró el muchacho. “Por consiguiente, Federico —dijo la vieja enjugándose los ojos—, ¿me prometes que serás bueno, que no harás nunca llorar a tu abuela?... La interrumpió nuevamente un ligero ruido. “¡No me parece la lluvia! —exclamó palideciendo—. ¡Vete a ver! Pero —añadió en-

seguida —no, quédate aquí”; y agarró a Federico por la mano. Ambos dos permanecieron con la respiración en suspenso. No oían sino el ruido de la lluvia. Luego ambos se estremecieron. Tanto a uno como a otro les había parecido sentir pasos en el cuartito. “¿Quién anda ahí?”, preguntó el muchacho haciendo un esfuerzo. Nadie respondió. “¿Quién anda ahí?”, volvió a preguntar Federico, helado de miedo. Pero apenas había pronunciado aquellas palabras, ambos lanzaron un grito de terror. Dos hombres entraron en la habitación; el uno agarró al muchacho y le tapó la boca con la mano; el otro cogió a la abuela por la garganta; el primero dijo: “¡Silencio, si no quieres morir!” El segundo: “¡Calla!”, y la amenazó con un cuchillo. Uno y otro llevaban un pañuelo oscuro por la cara con dos agujeros delante de los ojos. Durante un momento no se oyó más que la entrecortada respiración de los cuatro y el rumor de la lluvia. La vieja apenas podía respirar de fatiga; tenía los ojos fuera de las órbitas. El que tenía sujeto al chico le dijo al oído: “¿Dónde tiene tu padre el dinero?” El muchacho respondió con un hilo de voz y dando diente con diente: “Allá... en el armario”. “Ven conmigo”, dijo el hombre. Le arrastró hasta el cuartito, teniéndole cogido por el cuello. Allí había una linterna en el suelo. “¿Dónde está el armario?”, preguntó. Entonces, para estar seguro del muchacho, el hombre le arrodilló delante del armario, y apretándole el cuello entre sus piernas para poderlo estrangular si gritaba, y teniendo la navaja entre los dientes y la linterna en una mano, sacó del bolsillo con la otra un hierro aguzado que metió en la cerradura, forcejeó, rompió, abrió de par en par las puertas, revolvió furiosamente todo, se llenó las faltriqueras, cerró, volvió a abrir y rebuscó; luego cogió al muchacho por la nuca llevándole donde el otro tenía amarrada a la vieja, convulsa, con la cabeza caída y la boca abierta. Este preguntó en voz baja: “¿Encontraste?” El compañero respondió: “Encontré”. Y añadió: “Mira a la puerta”. El que tenía sujeta a la vieja corrió a la puerta del huerto a ver si se acercaba alguien, y dijo desde el cuartito con voz que parecía un silbido: “Ven”. El que había quedado fuera, y que todavía tenía agarrado a Federico, enseñó el puñal al muchacho y a la vieja que volvía a abrir y los ojos, y le dijo: “Ni una voz, o vuelvo a atrás y os degüello”. Y les miró fijamente a los dos. En el mismo momento se oyó a lo lejos, por la carretera, un cántico de muchas voces. El ladrón volvió rápidamente la cabeza hacia la puerta, y por la violencia del movimiento se le cayó el antifaz. La vieja lanzó un grito: “¡Monzón!” “¡Maldita! —rugió el ladrón reconocido—. Tienes que morir”. Y se volvió con el cuchillo levan-



tado contra la vieja, que quedó desvanecida en el mismo instante. El asesino descargó el golpe. Pero con un movimiento rapidísimo, dando un grito desesperado, Federico se había lanzado sobre su abuela y la había cubierto con su cuerpo. El asesino huyó empujando la mesa y echando la luz por el suelo, que se apagó. El muchacho resbaló lentamente de encima de la abuela, cayó de rodillas ante ella, y así permaneció con los brazos rodeándole la cintura y la cabeza apoyada en su seno. Pasó algún tiempo: todo permanecía completamente oscuro; el cántico de los labradores se iba alejando por el campo. La vieja volvió de su desmayo. “¡Federico!”, llamó con voz apenas perceptible, temblorosa. “¡Abuela!”, respondió el niño. La vieja hizo un esfuerzo para hablar, pero el terror le paralizaba la lengua. Estuvo un momento silenciosa, temblando fuertemente. Luego logró preguntar: “¿Ya no están?” “No”. “¡No me han matado!”, murmuró la vieja con voz sofocada. “No... estás salvada —dijo Federico con débil voz—. Estás salvada, querida abuela. Se han llevado el dinero. Pero padre... había recogido casi todo”. La abuela respiró con fuerza. “Abuela —dijo Federico de rodillas y apretándole la cintura— querida abuela... me quieres mucho, ¿verdad?” “¡Oh, Federico! ¡Pobre hijo mío! —respondió aquélla, poniéndole las manos sobre la cabeza—. ¡Qué espanto debes haber tenido! ¡Oh, santo Dios misericordioso! Enciende la luz... No, quedémonos a oscuras; todavía tengo miedo”. “Abuela —replicó el muchacho—, yo siempre os

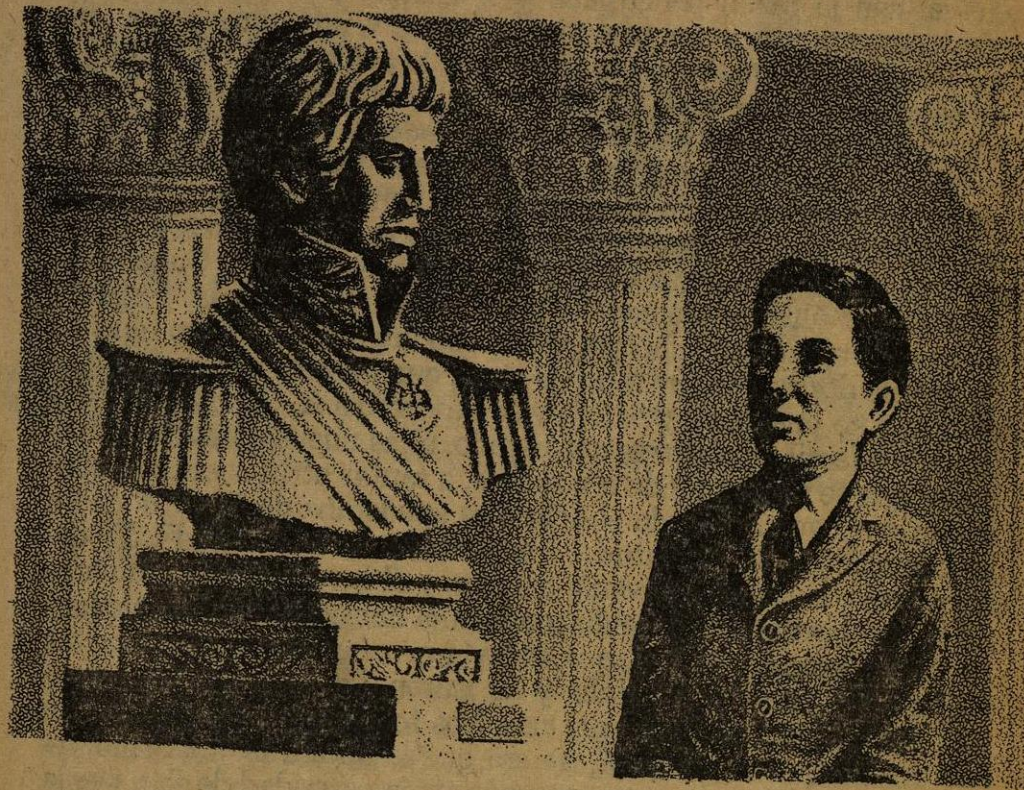
he dado disgustos a todos...” “No Federico, no digas eso; ya no pienses más en ello; todo lo he olvidado: tje quierto tanto!” Siempre os he dado disgustos —continuó Federico, trabajosamente y con la voz trémula—; pero os he querido siempre. ¿Me perdonas? Perdóname, abuela”. “Sí, hijo, te perdono; te perdono de corazón. Piensa si no te debo perdonar. Levántate niño mío. Ya no te reñiré nunca. ¡Eres bueno, eres muy bueno! Encendamos la luz. Tengamos un poco de valor”. “Levántate, Federico”. “Gracias abuela —dijo el muchacho con voz cada vez más débil—. Ahora... estoy contento. Te acordarás de mí, abuelita... ¿no es verdad? Os acordaréis todos siempre de mí... de vuestro Federico”. “¡Federico mío!”, exclamó la abuela, maravillada e inquieta, poniéndole la mano en las espaldas e inclinando la cabeza como para mirarle la cara. “Acordaos de mí —murmuró todavía el niño, con la voz que parecía un soplo—. Da un beso a mi madre... a mi padre... a Luisita... Adiós, abuela...” “En el nombre del cielo, ¿qué tienes?” —gritó la vieja, palpando afanosamente al niño en la cabeza, que había caído abandonada a sí misma en sus rodillas; y luego, con cuanta voz tenía en su garganta, gritaba desesperadamente: “¡Federico! ¡Federico! ¡Niño mío! ¡Amor mío! ¡Cielo santo ayúdame!” Pero Federico ya no respondió. El pequeño héroe, el salvador de la madre de su madre, herido de una cuchillada en el costado, había entregado su hermosa y valiente alma a Dios.

EL ALBAÑILITO MORIBUNDO

Martes 28.—El pobre hijo del albañil está gravemente enfermo: el maestro nos dijo que fuésemos a verlo, y convenimos en ir juntos Garrón, Deroso y yo. Estardo habría venido también; pero como el maestro nos encargó la descripción del *Monumento a Cavour*, quería él verlo para hacerla más exacta. Sólo para probarle, invitamos al soberbio Nobis, que nos contestó: “No”, sin más. Votino se excusó asimismo, quizá por miedo a mancharse el vestido de cal. Nos fuimos al salir, a las cuatro. Llovía a cántaros, Garrón se detuvo de pronto, diciendo con la boca llena de pan: “¿Qué compramos?” Y hacía sonar quince céntimos en el bolsillo. Pusimos otros diez cada uno, y compramos tres naranjas gordas. Subimos a la buhardilla. Delante de la puerta, Deroso se quitó la medalla y se la echó en el bolsillo; le pregunté por qué. “No sé —respondió—; para no presentarme así... Me parece más delicado entrar sin medalla”. Llamamos, nos abrió el padre, aquel hombrón

que parecía un gigante; tenía la cara desencajada y estaba como espantado. “¿Quiénes sois?” preguntó. Garrón respondió: “Somos compañeros de escuela de Antonio, a quien traemos tres naranjas”. “¡Ah, pobre Toño! —exclamó el albañil moviendo la cabeza—. ¡Tengo miedo de que no coma vuestras naranjas”, y se limpiaba los ojos con el revés de la mano. Nos hizo pasar adelante, y entramos en un cuartillo abuhardillado, donde vimos al albañilito que dormía en una cama de hierro; su madre estaba apoyada en la cama con la cara entre las manos, y apenas se volvió para mirarnos: a un lado había colgadas brochas de encalar, picos y cribas para cal; a los pies del enfermo estaba extendida una chaqueta de albañil blanqueada por el yeso. El pobre muchacho estaba flaco, muy pálido con la nariz afilada, la respiración premiosa. Oh, querido Toño, compañero mío, tan bueno y tan alegre, qué pena verte así! ¡Cuánto hubiera dado por verle poner el hocico de liebre, pobre albañilito! Garrón le dejó una naranja sobre la almohada, pegando con la cara: el perfume le despertó; la cogió pero luego la abandonó, y se quedó mirando fijamente a Garrón. “Soy yo —dijo éste—, Garrón ¿me conoces?” Se sonrió con una sonrisa apenas perceptible, levantó con dificultad la mano y se la presentó a Garrón, que la cogió entre las suyas, apoyando contra ellas sus mejillas, y diciéndole: “¡Animo, ánimo, albañilito! Te pondrás bueno pronto y volverás a la escuela, y el maestro te pondrá cerca de mí: ¿estás contento?” Pero él no respondió. La madre respondió en sollozos. “Oh, mi pobre Toño! ¡Mi pobre Toño! Tan guapo, tan bueno, y Dios me lo quiere arrebatarse!... “¡Cállate! —le dijo el albañil, desesperado— ¡cállate, por amor de Dios, o pierdo la cabeza!” Luego, dirigiéndose a nosotros angustiosamente: “Idos, idos, muchachos; gracias; idos: ¿qué queréis hacer aquí? Gracias; idos a casa”. El muchacho había cerrado los ojos y parecía muerto. “¿Necesita Ud. algún encargo?”, preguntó Garrón. “No, hijo mío, gracias —respondió el albañil—; idos a casa”. Y repitiendo esto, nos empujó hacia el descansillo de la escalera y cerró la puerta. Pero apenas habíamos bajado la mitad de los escalones, cuando oímos gritar: “¡Garrón! ¡Garrón!” Subimos a escape los tres. “¡Garrón! —gritó el albañil con el semblante descompuesto—; te ha llamado por tu nombre; dos días hacía que no hablaba y te ha llamado dos veces; quiere que estés con él; ven en seguida! ¡Ah, santo Dios! ¡Si fuera una buena señal!” “¡Hasta la vista! —nos dijo Garrón—; yo me quedo”, y se entró en la casa con el padre. Deroso tenía los ojos llenos de lágrimas. Yo le dije: “¿Lloras por el albañilito? Si ya ha hablado, se curará”. “¡Así lo creí!” —respondió Deroso—; pero no

pensaba ahora en él... ¡Pensaba en lo bueno que es y en el alma tan hermosa que tiene Garrón!”



EL CONDE DE CAVOUR

Miércoles 29.—“Tienes que hacer la descripción del monumento del conde de Cavour. Puedes hacerla. Pero quién era el conde de Cavour, no lo puedes comprender por ahora. Sabe solamente lo siguiente: fue durante muchos años primer ministro del Piamonte: fue quien mandó el ejército piemontés a Crimea para levantar con la victoria de Cernaia nuestra gloria militar, caída en la derrota de Navarra; fue quien hizo bajar de los Alpes ciento cincuenta mil franceses para arrojar a los austríacos de Lombardía; quien gobernó a Italia en el período más solemne de nuestra revolución; quien dio en aquellos años el más poderoso impulso a la santa empresa de la unidad de la patria con su claro ingenio, con su constancia invencible, con su laboriosidad fuera de los humanos límites. Muchos generales pasaron horas terribles sobre el campo de batalla; pero él las pasó más terribles aún en su gabinete, cuando su enorme em-

presa podía venirse a tierra de un momento a otro, como frágil edificio sacudido por un terremoto pasó horas de lucha, noches de angustia, con la razón perturbada y la muerte en el corazón. Este trabajo gigantesco y tempestuoso le acortó veinte años la vida. Y, sin embargo, devorado por la fiebre que le debía llevar al sepulcro, luchaba todavía desesperadamente con la enfermedad para poder hacer algo por su patria. "Es extraño —decía con dolor, desde su lecho de muerte—; ya no sé leer no puedo leer". Mientras le sacaban la sangre y la fiebre aumentaba, pensaba en Italia y decía imperiosamente: "Curadme; mi mente se oscurece, necesito todas mis facultades para poder ocuparme en graves asuntos". Cuando estaba en sus últimos momentos, y toda la ciudad agitada, y el Rey no se separaba de su cabecera, decía con angustia: "Tengo muchas cosas que deciros, señor; muchas cosas que haceros ver; pero estoy enfermo, no puedo, no puedo"; y se desconsolaba. Siempre su pensamiento febril volaba tras del Estado, a las nuevas provincias italianas que se habían unido a nosotros, a tantas otras cosas que quedaban por hacer. Cuando el delirio se apoderaba de él: "Educad a la infancia y a la juventud... gobernad con la libertad". El delirio crecía, la muerte se venía encima, y él invocaba con ardientes palabras al general Garibaldi, con el cual había tenido disentimientos, y a Venecia y Roma, que todavía no eran libres; tenía vastas visiones del porvenir de Italia y de Europa; soñaba con una invasión extranjera; temblaba por nosotros todavía, por su pueblo. Su mayor dolor, ¿comprendes?, no era que le faltase la vida, sino ver que se le escapaba a la patria que aún tenía necesidad de él, y por la cual había consumido en pocos años las fuerzas desmedidas de un prodigioso organismo. Murió con el grito de batalla en la garganta, y su mente fue grande como su vida. Ahora piensa un poco, Enrique, qué es nuestro trabajo, que, sin embargo, nos parece tan pesado; qué son nuestros dolores nuestra misma muerte, frente a los trabajos, a los afanes formidables, a las tremendas agonías de aquellos hombres sobre cuyo corazón pesa un mundo. Piensa en esto, hijo cuando pases por delante de aquella imagen de mármol y dile desde el fondo de tu corazón: "¡Yo te glorifico!".—*Tu padre*".



ABRIL

Sábado 1º—¡Primero de abril! Tres meses, tres meses todavía. Ha sido la mañana de hoy una de las más hermosas del año. Estaba contento en la escuela, porque Coreta me había dicho que iríamos pasado mañana con su padre a ver llegar al rey, que dice *que le conoce*; y también porque mi madre me había prometido llevarme el mismo día a visitar el asilo infantil de la Carrera Valdoceo. También lo estaba porque el albañilito está mejor, y porque ayer tarde, al pasar, el maestro dijo a mi padre: "Va bien, va bien". ¡Y luego hacía una mañana tan hermosa de primavera! Desde las ventanas de la escuela se veía el cielo azul, los árboles del jardín todos cubiertos de brotes, las ventanas de las casas abiertas de par en par, con los cajones y tiestos ya reverdecidos. El maestro no se reía, porque jamás se ríe; pero estaba de buen humor, tanto, que no se le veía la arruga recta que casi siempre tiene en medio de la frente, y explicaba un problema en la pizarra, bromeando. Bien se notaba que sentía placer al respirar el aire del jardín que entraba por las ventanas, lleno de fresco perfume de tierra y hojas que hacía pensar en los paseos del campo. Mientras él explicaba, se oía en la calle inmediata a un maestro herrero que golpeaba sobre el yunque, y en la casa de enfrente una mujer que cantaba para dormir a un niño; lejos, en el cuartel de la Cernaía, sonaban las trompetas. Todos parecían contentos, hasta el mismo Estardo. En un momento, el